

*Yo soy rebelde porque el mundo...
no se parece a mí*



FRANCISCO GARCÍA OEO

En muchas ocasiones me he preguntado de manera irónica por la condición que desempeño como coordinador pedagógico en el colegio en el que trabajo (Santo Ángel British School). Es curioso que alguien que desconfía tanto de la pedagogía, de la ciencia de la educación, acabe con semejante cargo. Tratando de encajar la broma, también creo con total sinceridad que no podría ni debería ser de otra manera: desconfiando. Pues el caso es que sí me preocupa en qué situación se encuentra la actual institución educativa y qué tipo de discurso puede ayudar a que ésta siga pudiendo pensarse a sí misma. Y digo esto porque creo que a costa de seguir teniendo cabida en una sociedad en la que la falta de rentabilidad se paga cara, la educación tiende más a parecerse a la sociedad, sean cualesquiera sus derroteros, y no tanto a sí misma. Déjeme que, si no se han espantado ya por leer a un profesor de filosofía hablando de pedagogía, puedan dedicarme unos minutos a que les cuente un par de experiencias antes de que regresen a sus teletrabajos o a ojear sus redes sociales.

Pese a que yo desconfíe de lo que podamos entender actualmente por pedagogía, fue ésta la que en la segunda mitad del siglo pasado desconfió de una institución educativa que tenía que abandonar sus cauces tradicionales en los que un buen alumno se caracterizaba por la obediencia. Discursos como el del pensador francés Michel Foucault comparaban fisiológicamente las escuelas con las penitenciarías, que no siendo la misma cosa, seguían una misma lógica de intentar en base a unas relaciones de poder legitimar su función como institución al normalizar a un individuo. El alumno se consagraba como tal cumpliendo las normas, y la creatividad, la curiosidad, y en definitiva, *lo diferente*, no tenían cabida sino fuera de la institución misma, y había llegado el momento de cambiar las cosas. Foucault fue uno de aquellos que formó parte de los profesores universitarios que alzaron la voz en *Mayo del 68*. Ya avisó Dylan de que *los tiempos estaban cambiando*, y ese cambio llegó a la institución educativa. Había que dar cabida a *lo diferente*, entre otras cosas porque la clase media había empezado a colarse en la mayor parte de instituciones, también las de enseñanza, y con ello la posibilidad de un emergente estado de bienestar en

el que por fin la mayoría estaba en disposición de acceder al sistema educativo. Y no a cualquier sistema educativo, sino a una institución que prometía plerarse a las necesidades sociales de esa clase media que ahora podía permitirse, entre otras cosas, llegar masivamente a la universidad. Y si bien es cierto que como antítesis del sistema tradicional de educación este cambio es muy loable y ha sido muy provechoso para personas como yo, en el mundo actual una nueva contradicción aparece en un horizonte histórico en el que el supuesto estado de bienestar proporciona a base de *competencias* y *estándares de aprendizaje*, títulos a granel de graduados, bachilleres, y más adelante, asignaturas a modo de créditos, grados superiores, y postgrados. Y es que, tras ellos, ahora no siempre está el bienestar. Si miramos el índice de paro juvenil, o la confianza que padres y alumnos tienen en las instituciones, bienestar no parece ser la palabra adecuada. Es curioso que a la vez que la educación se ha afianzado masificándose, el malestar ha crecido, dejando de tener valor aquello a lo que anteriormente sólo podían acceder unos pocos.

Pero volvamos atrás, antes de centrarnos en la actualidad, a lo que podríamos llamar la consolidación de la revolución pedagógica en la institución educativa. Un colega generacional del anteriormente mencionado Foucault, Jean-François Lyotard, advertía a finales del siglo pasado el siguiente ejemplo en un análisis generalista de las instituciones contemporáneas en este nuevo tablero de juego: “¿el juego de experimentación con la lengua (la poética) tiene un puesto en la universidad? ¿Se pueden contar relatos en un consejo de ministros? ¿Hacer reivindicaciones en un cuartel? Las respuestas son claras: sí si la universidad abre sus talleres de creación; sí si el consejo trabaja con esquemas prospectivos; sí si los superiores aceptan discutir con los soldados. Dicho de otro modo: sí si los límites de la antigua institución se desplazan. Recíprocamente, se dirá que las instituciones no se estabilizan mientras no dejan de ser un envite. Con este espíritu es como conviene, creemos, abordar las instituciones contemporáneas del saber.”¹ Es decir, llevándolo a la enseñanza que me toca más de cerca, los límites de la antigua institución se desplazan cada vez que a costa de que la clientela esté satisfecha, algunos alumnos de mi colegio reconocen con naturalidad que una clase de Filosofía se puede desarrollar al hilo de una canción pop, que hacen *memes* de grandes personajes en una clase de Historia, hablan de viajes de naturaleza en clase de Física y Química, hacen

¹ LYOTARD, JEAN-FRANÇOIS, *La condición postmoderna*, Ediciones Cátedra, 1989, pág. 46.

radioteatro en clase de Lengua, o acaban calculando el diámetro de la Estrella de la Muerte en la clase de Matemáticas. Siempre y cuando, y como podría decir Lyotard, el profesor lo considere oportuno (entre otras cosas porque a estos profesores, y pese a que el extenso temario apremia, les interesan de veras las canciones, los nuevos vehículos de comunicación, los viajes, la teatralización de textos, y las estrellas, también las de galaxias *muy muy lejanas*; y que por suerte, nadie les obliga a otro tipo de actividades también de carácter más lúdico como el baile, al menos de momento...).

Sin embargo, como comentaba unas líneas atrás, habiéndose ya producido un cambio notable con respecto al anterior modelo, la dirección de esta tendencia lleva de manera contradictoria² hacia el malestar. Pues, aún a pesar de la motivación que da lugar a innovadoras metodologías por parte del profesorado que fomenten el trabajo en equipo, los talleres interdisciplinares³ (radio, periódico, fotografía, teatro, debate...), innovación tecnológica, proyectos artísticos, ecológicos, deportivos, etc..., y también debido a los inevitables cambios generacionales, aún se puede presuponer algo sobre el sentir que muchos de los alumnos y familias tienen acerca del saber que subyace a estas prácticas. Un saber que, por secular, tradicional y aburrido, no se parece demasiado a la sociedad de nuestro tiempo, y pese a ser el fundamento de la escuela misma, acaba aceptando la siguiente premisa: los contenidos ya no son tan importantes, pues muchos han quedado obsoletos.

Esta opinión se podría deber a dos motivos: el primero, que gracias a la tecnología se ha conseguido la definitiva democratización del saber que se prometía el siglo pasado, en otras palabras, que al estar todo al alcance de todos parece innecesario memorizar contenidos, pues están en la red; la segunda, consecuencia de esto, que los ciudadanos pueden emplear ese tiempo en asuntos más divertidos, pues los contenidos no motivan tanto como la gran oferta lúdica de nuestro tiempo. Pero dediquémosle unas líneas más a cada uno de estos asuntos.

Con respecto al primero de ellos, el hecho de que la mayor parte de la información está en las redes es constatable, pero como ustedes saben, eso no significa que toda esa información sea verdadera, pues puede suponer con la misma velocidad e ingente cantidad de contenidos, tanto un perjuicio como

² Los filósofos diríamos *de manera dialéctica*. Los alumnos de bachillerato me entienden, al menos algunos...

³ Conviene recordar que los talleres juntan a alumnos de diferentes cursos en torno a intereses y competencias, algo que ocurre en métodos como el Montessori.

un beneficio para los ciudadanos. Sin una institución educativa que siga encargándose de diferenciar la información verdadera de la falsa, la nombrada democratización da más capacidad de influencia al *Rubius* en su expresión oral y en su moralidad que a los profesores de Lengua y Ética⁴. Y esto no significa que los profesores no quieran aprender nuevas formas, incluso estén dispuestos a aprender del propio *Rubius* (y a estos tiempos pandémicos me remito), sino que todavía siguen creyendo con un afán casi romántico en nuestros días, que a veces las formas han de ir cargadas de buenas razones. Y que pese a que una clase se pueda parecer inevitablemente a lo que la sociedad compra, nunca se va a parecer del todo aunque “los límites de la antigua institución se desplacen”, que diría Lyotard. Y lo que es más importante, que la escuela quizás no deba parecerse por una cuestión de compromiso y responsabilidad con la institución misma, por mucho desencanto y malestar que provoque. Éste es un acto de auténtica rebeldía diría yo en nuestra sociedad actual. Los buenos profesores, románticos ellos, fruto de su confianza en la institución que les dio una formación y una experiencia que no tuvo por qué ser la mejor posible, asumen que una clase no se ha de convertir en una mera copia de una sociedad como ya lo hicieron los que les formaron en otra sociedad y otro tiempo. Y aunque la sociedad es insistente en sus formas y el juego se cuele en nuestro ocio como única manera de entender el tiempo libre, no son la misma cosa. Pese al salto generacional y mi mala condición de youtuber, mi utopía es la siguiente: debería entenderse que estar de manera responsable estudiando *La Revolución Francesa* o leer a *Benito Pérez-Galdós* es un mayor acto de libertad y rebeldía que hacer un vídeo de *TikTok*. Porque es claro que la sociedad de mercado tiene un sitio *para vosotros, jugadores*, como jugadores, y si no que se lo digan a las proliferantes casas de apuestas o a las suscripciones de un canal de *Twitch*. Pero ha pasado de moda ser un ciudadano libre que dedica su tiempo al estudio cuya finalidad es aprender, ¿se imaginan por qué?

Pasemos al segundo caso: los contenidos no motivan y han quedado obsoletos. Quizás esto tenga que ver con la anterior pregunta, pues si nos fijamos bien, el malestar con los contenidos de las diversas materias puede venir por su incapacidad de plegarse a los divertidos formatos de nuestra era⁵. Sin estas palabrejas, pero hablando de pedagogía, me viene a la mente que un alumno

⁴ Título escogido a drede para una asignatura que se encuentra extinta en el actual currículo.

⁵ Algo que ya supo apreciar Luis Cobos en la música clásica. Sí, esta broma es para los padres.

lo tiene claro: *-Ibai LLanos mola, pero Jovellanos... ¿Quién es Jovellanos? Eso es mazo de rayante-*. El tiempo dictará sentencia con ambos, con Llanos y con Jovellanos. Pero yendo un poco más al grano quiero pensar que aunque algunos contenidos puedan estar obsoletos, no lo han de estar por aburridos. Es más divertido dar un aplauso que aprender Química Orgánica, hacer una cacerolada que leer a Unamuno, o irse a beber a un parque sin entender en qué consiste el PIB de un país, pero ¿qué ayuda potencialmente a que un ser humano se sienta más digno de serlo en una situación de crisis sanitaria, moral y económica? Por eso la rebeldía duele y es poco comfortable a veces, porque te obliga a hacer lo correcto sin reconocimiento social. Y aunque hoy más que nunca los reconocimientos gustan, sean *likes*, aplausos, o un título en la pared, definitivamente, no queremos una juventud ingenua. Los aplausos no trabajaron en las UCI, ni que consideremos más amable la institución educativa y tengamos la feliz idea de un aprobado general va a hacer que los alumnos aprendan más. Por eso el aprobado de una materia ha de encarnar unos conocimientos en forma de contenidos, o nos equivocaremos. Pues por poco divertidos que resulten, no se convierten en innecesarios. El sufrimiento fruto del esfuerzo no siendo en ningún caso deseable ni comparable con el que ha tenido que gestionar el personal sanitario, no se supera obviándolo, sino afanándose en comprender el mundo que te ha tocado vivir para mejorarlo en la medida de lo posible, pues esa es nuestra silenciosa responsabilidad. Precisamente por eso existe malestar con la institución, y en concreto con la institución educativa. ¿Porque te etiqueta y por ello te juzga con una nota? No, sino porque mientras la sociedad aparte el dolor y el sufrimiento de nuestros ojos y la educación nos saque *a nosotros, jugadores*, de ese “comfortable” sueño del consumismo para llevarnos a la investigación crítica, el hábito de estudio, el ejercicio de la memoria, la lectura sosegada, la paciencia y tolerar la incertidumbre, nos va a doler. Por muchas canciones que yo ponga en clase, aunque sean tan pertinentes como aquella de Jorge Drexler que decía lo de *amar la trama más que el desenlace...* (lo siento, no he podido evitarlo).

Para los que hayáis aguantado hasta esta línea os quiero recordar aquello que dijo el “gurú” del madridismo Jorge Valdano cuando aseguró que a la gente se le vendería humo siempre que hubiera gente dispuesta a comprarlo. Y concluyo que es razonable que los contenidos educativos nos sean los que la sociedad compra y vende, pues los tiempos nos están enseñando que nuestro estado de bienestar puede sufrir y entrar en crisis, aunque ahora estemos más dormidos

y seamos más indolentes (también a las muertes de nuestros mayores). Pero, por suerte, aún sigue sin ser lo mismo persuadir que vender, ni la curiosidad que comprar. Diferenciarlo es una de nuestras tareas más importantes. Por tanto, que la institución educativa no se parezca del todo a la sociedad, y más en tiempos de pandemia, es un lujo de las sociedades contemporáneas que podría ser más un motivo de orgullo que de recelo, un ejemplo de confianza en las instituciones, y por qué no, una nueva manera de rebeldía y de rescatar *lo diferente*. ¿Te apuntas a la nueva revolución pedagógica?